

A parte de la gran tradición del ensayo latinoamericano que arrancando del siglo XIX –*Facundo* de José Faustino Sarmiento y *Os Sertoes* (1902) de Euclides da Cunha, libros “centáuricos” por excelencia, se encuentran entre las más altas realizaciones de la expresión literaria americana de la época- continúa brillantemente en las primeras décadas de la centuria siguiente con figuras como don Alfonso Reyes, a mi entender, el primero entre los más notables ensayistas de América latina. Aparte de esta tradición, decíamos, Basadre (y con él los otros miembros de su generación como Raúl Porras Barrenechea y Luis Alberto Sánchez) contaba ya con una muy considerable tradición del género ensayístico en el Perú que iba desde Manuel González Prada –el fundador del ensayo moderno en nuestro país-, proseguía con los miembros de la llamada “Generación del 900”, con Francisco García Calderón como el mejor ensayista del grupo, Mariano Iberico, cultor del ensayo filosófico, y de manera particular, con José Carlos Mariátegui y Abraham Valdelomar, suerte de hermanos algo mayores, frente a los cuales (en especial, Mariátegui) Basadre sintió una profunda simpatía y admiración, aunque esto no lo inhibió de asumir una actitud crítica frente a su pensamiento.

Género fronterizo, abierto y flexible donde todo puede caber, en el ensayo siempre hay un pensamiento, una idea, una reflexión, en cuya exposición está implicado un yo, un punto de vista y un uso del lenguaje que participa en parte de las cualidades de la escritura creativa. Como se ha señalado, el ensayo tiene dos grandes modalidades; una es la que funda Montaigne, donde el acento está puesto en la subjetividad; la otra sigue la línea establecida por Francis Bacon, en la cual se postula una verdad o una tesis y se pone el acento en el carácter demostrativo del texto. En España Ortega y Gasset es un nítido repre-

sentante de la modalidad “baconiana”, mientras Unamuno, subjetivo y contradictorio pero intenso y provocador, se inspira en Montaigne. Reyes en *Visión del Anáhuac* (1519) integra los requerimientos del discurso científico con la inspiración poética centrada en el yo, en cambio en *El deslinde* sigue el paradigma del discurso científico, aunque el lenguaje en su limpieza y objetividad sigue siendo de una gran belleza. El guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, uno de los más espléndidos ensayistas latinoamericanos, en Guatemala. *Las líneas de su mano* fusiona lo histórico, la confesión personal y el vuelo lírico. En cuanto a las moda-

lidades de expresión, en el ensayo pueden confluír el pensamiento, las memorias, la crónica, el diálogo dramatizado, las descripciones, el relato y el sentido de la composición. Borges, por ejemplo, que usa el ensayo como técnica literaria para sus ficciones, construye muchos de sus ensayos según la estructura y las técnicas del cuento.

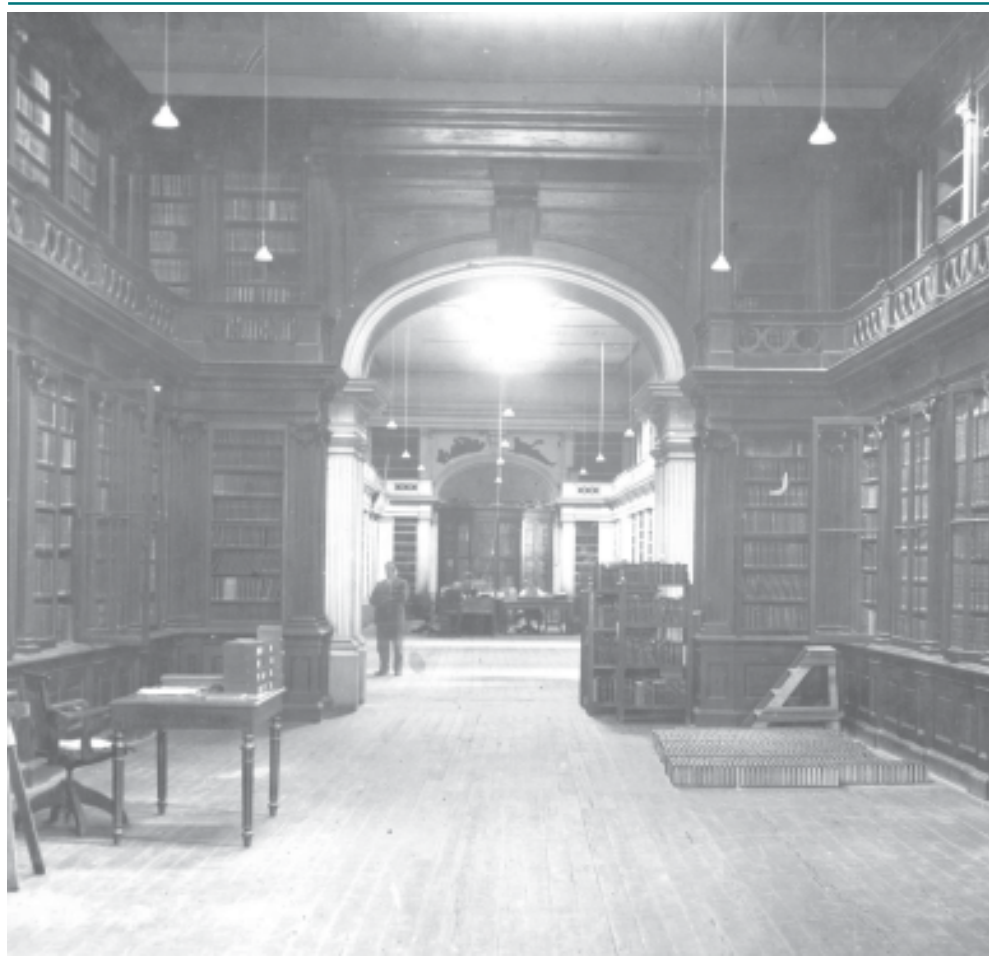
Si se lee la obra ensayística de Basadre desde su libro juvenil *Equivocaciones. Ensayos sobre literatura penúltima* (1928), *La multitud, la ciudad y el campo en la Historia del Perú* (1929), *Perú: problema y posibilidad. Ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú* (1931),

La promesa de la vida peruana (1943) y *Meditaciones sobre el destino histórico del Perú* (1947), hasta sus ensayos en forma de memorias reunidos en el volumen de 726 páginas *La vida y la historia* (1975), se hará evidente que Basadre sigue el modelo orteguiano del ensayo, en que el discurso científico, lógico y objetivo controla y modera cualquier intemperancia del yo y reprime la tentación de la retórica y la vana elocuencia. Sin embargo, con ser pudoroso, recatado, este yo no es nunca un espacio neutro, opaco y ascético, pues conoce la amargura y no es inmune a la irritación y a la exaltación lírica (por ejemplo, en su juvenil “Elo-

gio a la Internacional”), cuyo sustento es la actitud afirmativa propia de los intelectuales que no han renunciado a la utopía y que Basadre, para diferenciarse del ideal socialista, denominó “la promesa de la vida peruana”.

Con su gran erudición que nunca resulta ostentosa ni atosigante, con una sólida formación humanística, atento siempre a los avances del pensamiento, de las ciencias y de la literatura y el arte de su tiempo, Basadre buscaba la exactitud y la elegancia de la expresión. No era un estilista como Porras, cuya prosa, al decir del propio Basadre, se revestía en determinados pasajes de atavíos clásicos, con súbitas irrupciones del ingenio criollo que generaba el adjetivo preciso, el detalle esclarecedor, la anécdota amena y capaz de volverse, cuando quería, demoledor e implacable. Es verdad: la prosa de Basadre es más densa, algo dura por momentos, pero cala más hondo y su pensamiento es más moderno y apunta al futuro. Tampoco la prosa de Basadre tiene la agilidad periodística de la prosa de Sánchez ni su gracia y humor (un humor ácido) para contar anécdotas sin fin. Pero el autor de *La Perri-choli* carece de la probidad intelectual y moral de Basadre y en el ensayo (Sánchez me parece más que un ensayista, un biógrafo y un cronista) no ha producido un libro de la significación de *Perú: problema y posibilidad*, el libro académico más importante del pensamiento social peruano después de los *Siete ensayos* de Mariátegui y que durante varias décadas no pudo ser emulado hasta la publicación de Alberto Flores Galindo de su notable libro *Buscando un Inca*.

En su libro *Infancia en Tacna* escribió estas palabras que permiten caracterizar los ensayos de Basadre: “Un importante elemento de mi primera formación intelectual proviene de los días de mi niñez en Tacna. Es el sentimiento de la ‘Patria invisible’, el concepto del Perú como un sím-



Jorge Basadre

EL ENSAYISTA

Miguel Gutiérrez

Como los mas destacados representantes de la Generación del Centenario, Jorge Basadre, desde muy joven, cultivó el ensayo, esa forma de expresión que Alfonso Reyes denominó “el centauro de los géneros”.

► bolo... De niño, el Perú fue para mí, como para muchos, lo soñado, lo esperado, lo profundo; el nexo que unía a la lealtad al terruño y el hogar que invasores quisieron cortar, la vaga idea de una historia con sus fulgores y sus numerosas caídas y la fe en un futuro de liberación”. Esta búsqueda incansable y apasionada de la ‘Patria invisible’, esta idea del Perú como un símbolo, se constituyen en el eje en torno al cual gira la obra ensayística del gran historiador de la república. De carácter histórico social, cultural y literario, los ensayos de Basadre, en su gran mayoría, abordan una amplia gama de temas relacionados con la historia, la cultura, la sociedad y la vida de los peruanos. La misma concepción polifónica con que está construida su obra magna *La Historia de la República*, que en su sexta edición de 1968-1969 alcanzó 16 volúmenes, guía también su obra ensayística. Así, por ejemplo, en *Perú: problema y posibilidad* se reflexiona sobre el territorio, la civilización andina y el imperio incaico, sobre el impacto traumático de la conquista, sobre la sociedad virreinal, sobre los caudillos y figuras políticas de la Emancipación y la República, sobre las ideas y los debates doctrinarios y sobre la superestructura cultural, literaria y artística a través de la vida y obra de autores como Palma, González Prada, Mariátegui y Sabogal.

La relación de Jorge Basadre con la literatura y el arte merecen unas palabras aparte. Poco después que ingresó a la universidad, se desencadenó en el mundo literario limeño un encendido y prolongado debate en torno a la poesía pura y la poesía social. La verdad, yo no tenía nada en contra de la llamada poesía pura, pero Vallejo había ganado mi corazón desde que lo descubriera cuando estudiaba el cuarto año de secundaria. Por eso (quizá por eso) apenas si había leído a Eguren, a quien hubiera continuado ignorando de no encontrarme en el número

21, de febrero a marzo de 1926, de la revista *Amauta*, con el texto de Jorge Basadre, “Elogio y elegía de José María Eguren”, ensayo que después incluyó en su libro antes citado, *Equívocas... He releído el texto después de muchos años para preparar estas notas y me sigue pareciendo un texto fundamental, fresco, imaginativo y penetrante pero a la vez insobornable desde una perspectiva crítica y que me enseñó, primero, a respetar y luego admirar la poesía de Eguren. En sentido inverso, cuando estaba en primero de pre letras, Basadre me enseñó a leer con otros ojos a González Prada, a quien yo frecuentaba casi con fervor dogmático en la Biblioteca Nacional. En ese ensa-*

de la aristocracia en declive en tránsito hacia la sociedad burguesa liberal. Basándose en filósofos como Nietzsche y Max Scheler, hacía calas en los órdenes síquico y moral para comprender el resentimiento como fuente de determinadas obras intelectuales y artísticas; más allá de las particularidades individuales de González Prada, explicaba los fundamentos sociales de su snobismo, de su cientificismo anticlerical, de la sencillez de su vida, de su burocratismo y su adhesión al anarquismo, marcando con esta interpretación distancia con el APRA y la derecha reaccionaria. Como resultado emergía un González Prada más real, cuya pureza moral y la belleza de su obra literaria le

convertirse en el gran estudioso y crítico de la literatura del Perú, pero lo inhibió la irrupción en este campo de la figura de Luis Alberto Sánchez. Esto, que es justo para Porras, lo es aún más para Basadre por las páginas que ha dedicado a este tema, en las cuales revela, igual que Mariátegui, un íntimo conocimiento y comprensión de las literaturas modernas y vanguardistas. Además de la insidia y los prejuicios partidaristas que a menudo degradan sus juicios literarios, Sánchez comprendió bien la poesía peruana hasta Chocano, pero, a diferencia de Basadre, no entendió o entendió mal la poesía de Eguren, de Vallejo o de Oquendo de Amat. Y pienso que de haber continuado

ica dentro de este proceso.

Estas apretadas consideraciones sobre Jorge Basadre como ensayista resultarían incompletas si por lo menos no aludiera a dos temas que suscitaban su permanente atención. Uno se refiere a sus reflexiones sobre la historiografía y la teoría de la historia, y otro a la situación política internacional. Como ha destacado Francisco Miró Quesada, en los trabajos de Basadre se encuentra “una lúcida conciencia filosófica, en especial de carácter epistemológico”, sobre la historia como disciplina científica y las posibilidades de una filosofía de la historia con fundamentos empíricos y no de carácter especulativo. Esta preocupación por construir una teoría de la historia, que de manera implícita recorre todos sus ensayos como en *Perú: problema y posibilidad*, llevó a Basadre a escribir pasado los 60 años tres textos decisivos: *Los fundamentos de la historia del Derecho*, “Reflexiones sobre la historiografía”, que apareció en la 6ª. edición de *Historia de la República del Perú*, y *El azar en la historia y sus límites*, ensayo este último que me deslumbró cuando lo leí al comienzo de los 70, pues revelaba un saber inmenso y una mente fresca y abierta a todas las corrientes últimas de la filosofía, las ciencias de la naturaleza y las ciencias humanas, y todo esto respaldado por citas razonadas directamente tomadas de cinco idiomas.

No son numerosos, como en el caso de Mariátegui, los ensayos que Basadre dedicó al examen de la situación mundial, pero los pocos que escribió los hizo con el mismo rigor y la información minuciosa con que abordaba los temas peruanos. El más extenso y polémico es su memoria-ensayo “Vida e historia en Alemania” en el centro del cual (capítulos V al IX) están sus reflexiones sobre Hitler y el nazismo. Para estudiar con la máxima objetividad posible la espeluznante realidad alemana asordina la voz del “memo-

“De niño, el Perú fue para mí, como para muchos, lo soñado, lo esperado, lo profundo; el nexo que unía a la lealtad al terruño y el hogar que invasores quisieron cortar, la vaga idea de una historia con sus fulgores y sus numerosas caídas y la fe en un futuro de liberación”.

yo, Basadre asediaba la vida y la obra del autor de *Páginas libres* desde diferentes ángulos y perspectivas: como representante de la literatura de la desilusión y como una manifestación

aseguraba un puesto destacado en la república de las letras peruanas. Basadre, en su semblanza de Porras Barrenechea, afirma que éste estuvo dotado como nadie de su generación para

Basadre con sus estudios e investigaciones otro sería el panorama de la literatura peruana, que por lo demás, enriqueció y profundizó temporalmente con la inclusión de la literatura inca-



rialista” y utiliza en todas sus potencialidades la metodología que construyó en su carrera como historiador y ensayista. De este modo, no sólo examina los hechos políticos y sociales, sino que recoge los más variados testimonios (como los bárbaros discursos de Goebbels y del propio Hitler) y para recrear la atmósfera y el espíritu reinante recibe sugerencias del cine expresionista alemán, en especial de Fritz Lang, de las caricaturas de Goerge Grosz, del teatro de Brecht, pero también de aquellos intelectuales y artistas que apostaron por el Führer (“Figuras eminentes —escribe Basadre— como el músico Richard Strauss, el anciano dramaturgo Gerhart Hauptmann y el genial filósofo Martín Heidegger hicieron gala de servilismo”). El ensayo-memoria concluye con una inquietante pregunta sobre la supervivencia del universo concentracionario, espantoso símbolo del siglo XX.

En su libro *Perú: problema y posibilidad*, Jorge Basadre escribió la dedicatoria siguiente: “A las nuevas generaciones peruanas, este libro escrito sin el ascetismo, la inspiración ni el apasionamiento del apóstol, pero anhelando la serenidad del hombre justo”. Sediento de respuestas indudables y definitivas sobre la cuestión nacional y sobre la vida misma, recuerdo que en mi juventud al leer por primera vez esta dedicatoria me sentí desilusionado, casi irritado. Porque, ¿qué es ser un hombre justo? ¿significaba estar por encima o al margen de las contiendas sociales, políticas e ideológicas? Para entonces ya hacía varios años que Basadre había marcado distancia con el socialismo de Mariátegui (lo cual no le impidió seguir colaborando con *Amauta*) y despreciaba la retórica y el caudillismo de Haya de la Torre. El suyo era, como se ha afirmado, un socialismo moderado, de raigambre social demócrata, pero sin el populismo y los rituales fascistoides del APRA. En términos políticos significaba la adopción de una posición centrista



equidistante de las posiciones de derecha e izquierda. Pero en verdad el anhelo de alcanzar la serenidad del

sible si al saber se suma la honradez intelectual. Lo indudable es que Jorge Basadre que apostó, como es-

Después de Basadre (después del trabajo de los intelectuales de la *Generación del Centenario*) el en-

“Jorge Basadre que apostó, como escribió Flores Galindo, tercamente por el sí, que abominó el inmovilismo y la complacencia en la derrota y el nihilismo autodestructivo, pudo construir con su Historia de la República la obra más vasta de la historiografía peruana”.

hombre justo, significaba conquistar una perspectiva ética y epistemológica, inspirada (según recuerda David Sobrevilla) en el pensamiento de Max Weber y de Karl Mannheim, según el cual el intelectual es la “inteligencia libremente móvil”, un estrato relativamente “desclasado”, cuya posición le posibilita lograr una perspectiva total sobre los procesos sociales. Las páginas que le dedica a Mariátegui y a Riva Agüero —los dos convictos y confesos de sus respectivas ideologías y praxis política— demuestran que esta perspectiva es po-

cribió Flores Galindo, tercamente por el sí, que abominó el inmovilismo y la complacencia en la derrota y el nihilismo autodestructivo, pudo construir con su *Historia de la República* la obra más vasta de la historiografía peruana (y acaso latinoamericana) y continuó y desarrolló la tradición del género ensayístico en Perú que contó con libros notables como *Tempestad en los Andes* de Luis E. Valcárcel, *El nuevo indio* de Uriel García o los textos de Hildebrando Castro Pozo sobre las comunidades andinas.

sayo como forma en el Perú entró en decadencia o simplemente fue abandonado, salvo algunos textos más bien ocasionales de los representantes de la *Generación del 50*, como los de Sebastián Salazar Bondy en *Lima, la horrible* o los bellos ensayos en la línea de Borges de Luis Loayza, parcialmente reunidos en *El Sol de Lima* (para mi gusto la obra ensayística de Loayza supera —por lo menos hasta el momento— su narrativa, que aunque interesante está por debajo de su exquisito talento). ¿Cuáles fueron las causas de este declive? Pue-

do señalar por lo menos dos causas. La más importante proviene de la creciente especialización de las ciencias, en particular de las ciencias humanas, que derivó en un cientificismo que menospreció el ensayo por su supuesta falta de rigor y en el que los autores caían en el impresionismo egocéntrico. El resultado fue la producción de centenares de estudios e investigaciones áridos e ilegibles, salvo para insignificantes grupos de lectores que comparten el fetichismo cientificista y la enemistad con el lenguaje. La segunda razón, consecuencia de la anterior, es la decadencia de los estudios humanísticos que impide esa mirada total y pluri-dimensional frente a cualquier fenómeno a estudiar y una relación placentera, hedonística, con el lenguaje. Sin embargo, en los últimos años se percibe un renacimiento del ensayo a través de los textos de Mario Vargas Llosa en el campo de la literatura y de Alberto Flores Galindo (por desgracia muerto prematuramente), los últimos trabajos de Gonzalo Portocarrero o los perspicaces textos del cineasta José Carlos Huayhuaca. De modo que para las nuevas generaciones, la obra ensayística de Jorge Basadre es un modelo a seguir por la profundidad de sus textos, por la sobria belleza de su escritura y por la generosa humanidad que irradian, sin contar que Basadre logró escribir con *Perú: problema y posibilidad* un ensayo clásico en la literatura y el pensamiento latinoamericanos, como lo son, por ejemplo, *Radiografía de la pampa* de Ezequiel Martínez Estrada o *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz. ■